

Dora o las vicisitudes de la construcción del cuerpo.

Una de las mujeres más conocidas en la historia del psicoanálisis es sin duda Dora, Ida Bauer, la joven que Freud atendió a finales del año 1900 durante tan solo tres meses. Dora, que en ese entonces tenía 18 años, causaba preocupación a sus padres. Había dejado una carta de despedida encima de su escritorio, donde expresaba su deseo de morir. Pero desde tiempo atrás manifestaba desazón, alteraciones de carácter, un enojo y un malestar constantes. Al encontrar la carta, el padre busca la ayuda de Freud.

Dora ya había acudido con él dos años atrás porque sufría ataques de tos y afonía, pero no fue necesario tomarla en análisis ya que esos síntomas desaparecieron espontáneamente. Cuando la joven vuelve a consulta con este psicoanalista, se queja amargamente de las infidelidades que su padre sostiene con una amiga cercana a la familia, que en el historial aparece bajo el seudónimo de Sra. K, así como de la actitud seductora que el Sr. K tiene hacia ella.

Los padres de Dora y sus amigos, el Sr. y la Sra. K se habían conocido desde 1888, cuando decidieron mudarse a “B

AUTORA

Leticia Flores Flores
Miembro asociado CPM-CDMX
Profesora UAM-Xochimilco
Contacto: leflores@gmail.com
Fecha de recepción: 22/11/2022
Fecha de aceptación: 12/12/2022



Bart Felix, Detalle 1: Intentando captar el apocalipsis Sand-witch. Acrílico/óleo sobre lienzo, 2020.

—Meran en el Tirol austriaco— buscando alivio a la tuberculosis que padecía el padre. En ese entonces Dora tenía 6 años. Meran era una ciudad muy popular ya que su ubicación resultaba ideal para que los enfermos de tuberculosis mejoraran sus malestares.

Todos los protagonistas de esta historia padecían diferentes enfermedades, las cuales juegan un papel muy importante en el desarrollo de la trama. El padre de Dora, Phillip Bauer, no solo tenía tuberculosis. Había contraído sífilis, infiere Freud que antes de su matrimonio, el cual tuvo lugar en 1881. Al poco tiempo de mudarse a Meran entablan amistad los padres de Dora con los señores K. Cuatro años después el Sr. Bauer sufre un desprendimiento de retina, y en 1894 sufre una crisis tardía por la sífilis que padecía. Los síntomas que en ese momento aparecen —inflamación de las meninges y alteraciones psíquicas— lo van a conducir, por recomendación de su amigo Hans Zellenka, (el sr. K), con Freud. Fue una experiencia que al Sr. Bauer le dejó muy buena impresión, lo que favorecerá que años más tarde, lleve a su hija a consulta con él. Tras la crisis que el padre sufre por la sífilis, la Sra. K, Peppina Zellenka, lo va a asistir como enfermera; así iniciará la relación amorosa entre ellos, relación que durará varios años, en gran parte gracias a la complicidad y al silencio de los demás personajes: Dora, su madre y el Sr. K.

La historia se complicará por varias razones. Dora se vinculará de manera muy cercana con esta pareja; se presta a cuidar a los hijos del matrimonio, lo que propicia encuentros frecuentes con el Sr. K. Este empieza a interesarse por la bella joven, le hace regalos costosos, le manda flores todos los días, la invita a dar paseos, incluso, en alguna ocasión, cuando Dora tenía 14 años, le tiende una trampa y le estampa un beso, lo que ocasiona en Dora rechazo y asco. La joven consiente estos coqueteos, al igual que todos, la madre, el padre y la misma Sra. K.

No solo eso. Dora y ella se hacen amigas, mantienen conversaciones sobre temas íntimos y gracias a la Sra. K la chica se introduce en temas sexuales, por ejemplo, en la lectura de un autor que en aquellos años era escandalosa por tratar temas inapropiados para una joven adolescente, burguesa e inocente. El libro en cuestión, *Filosofía del amor*, de Mantegazza, aborda temas de amor, de sexualidad, de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres. Por otro lado, la madre de Dora también tenía padecimientos estomacales y vivía más preocupada por la limpieza y el orden que por las infidelidades de su marido. El pueblo de Meran tampoco favorecía mucho la socialización. Quizás en parte, esto hacía que ella viera con indiferencia e ingenuidad los enredos que su marido y su hija sostenían con el Sr. y la Sra. K.

Los juegos de seducción entre Dora y el Sr. K se sostuvieron también durante mucho tiempo. Por eso, cuando estos se rompen sorprende a todos. Fue a finales de 1888 cuando tuvo lugar la famosa escena del lago. Dora y el Sr. K daban un paseo cuando este parece tener intenciones de manifestar su amor a Dora. La chica se resiste, el Sr. K insiste. Qué mejor argumento para vencerla que decirle que su esposa no significaba nada para él. Palabras que cualquier chica enamorada esperaría escuchar. Sin embargo, Dora reacciona con enojo e indignación. Molesta, le propina una bofetada y huye ante lo que será el principio del final del juego.

La chica será llevada a análisis dos años después de este evento. Mientras tanto el estado anímico de Dora preocupa a los padres. No cesaba de quejarse de la

relación que su padre mantenía con Peppina. Además sentía que había sido intercambiada como un objeto al Sr. K para que este tolerara las relaciones que su esposa mantenía con el padre de Dora. Los reproches que la joven hacía no eran tomados en cuenta; ellos aseguraban ser solo amigos. Dora, con su aguda percepción nunca lo creyó. No perdía detalle alguno que le permitiera corroborar este hecho. “No había lagunas en su memoria sobre este punto” (Freud, 1905, p.30). Dora sufría de manera compulsiva a causa de esta relación. A todas luces se comportaba como una mujer celosa, como la mujer de su padre y no su hija. El padre es el protagonista de los dos sueños que acompañan al historial. En el primero, este despierta a Dora y le pide que salgan ella y su madre de la casa, pues se estaba incendiando. En el segundo, recibe una carta de su madre donde le anuncia la muerte de su padre.

Muchos de los estudios que se han hecho sobre Dora, empezando por el de Freud, han abierto la pregunta sobre el deseo inconsciente de Dora. ¿Dora padecía un amor edípico reprimido al padre? ¿El Sr. K era objeto de amor, y quizás sustituto de ese amor edípico? ¿O acaso Dora tenía un interés de tipo sexual por la señora K? ¿Qué quería la joven? ¿Cuál era el motor de su malestar, de su queja? ¿Buscaba por encima de todo elucidar preguntas sobre la sexualidad, sobre el cuerpo femenino, sobre lo que quiere una mujer, sobre lo que causa el deseo de un hombre? ¿Qué preguntas podían estar empujando a Dora en esta trama de engaños, mentiras y simulación? ¿Qué ligaba a Dora con la Sra. K a pesar de sentir tantos celos por ella? ¿Qué es pues lo que produce en Dora tal malestar, tal infelicidad, tal estado de insatisfacción constante?

Aunque en 1905 Freud está aún muy lejos de elucidar ciertos conceptos que le permitirían echar luz sobre esta historia, por ejemplo el de la transferencia, el de la identificación, el de la castración o el del superyó, uno puede darse cuenta que Freud insiste en el peso que tiene el amor de Dora al padre. Este amor es la expresión de un conflicto cuyas raíces hay que desentrañar. Freud dirá más tarde que en esas raíces se encontraba el amor homosexual de Dora hacia la Sra. K. que en su momento no logró discernir. También vendrá a su auxilio el concepto de identificación que le permitirá salir del impase. En *Psicología de las Masas y análisis del yo*, Freud retomará brevemente el caso para decir que el proceso de la identificación puede poner en juego diferentes procesos, ser como el objeto, pero también identificarse por el síntoma con el objeto para poseerlo. Ella se identifica —por el síntoma—

Bart Felix, Intentando captar el apocalipsis. Acrílico/óleo/colaje sobre lienzo, 2020.



con las mujeres amadas por el padre: La Sra. K y su madre.

El padre mentía, pero tampoco creía lo que Dora le decía. Desautorizaba la actitud de Dora. No dudaba de la honorabilidad del Sr. K ni creía que éste se sobrepasara con su hija. La chica se sentía traicionada por su padre. A él le dirige sus síntomas. A pesar del poder que el padre tenía, económico y familiar, se muestra como un hombre castrado, un padre en falta. Un padre que goza y es transgresor. Desde su posición histórica, Dora intenta llenar esa falta. Freud decía que la joven no cesaba de repetir que su padre la había sacrificado a la señora K. Manifestaba así sus celos y su envidia hacia la amante. El malestar de Dora apunta a mostrar no un amor homosexual a la Sra. K, sino el intento de responder a la pregunta ¿Qué quiere una mujer? Como lo expone Lacan en el *Seminario XVII*, la pregunta no apunta a lo que puede querer la mujer, sino una mujer. Y responde: un amo. El padre de Dora es un amo, un ideal “sobre el que pueda reinar” (Lacan, 1975, p. 137)

Dora se sentía traicionada también por Peppina al exponerla frente a sus padres. La Sra. K alegaba que las quejas de la joven eran producto de su imaginación y de la lectura de libros inadecuados para su edad, cuando fue ella misma, la Sra. K, la que la indujo a dichas lecturas.

La madre nunca quiso saber. Justificaba la conducta del padre defendiendo aquella relación como un apoyo solidario y amistoso que la Sra. K dirigía hacia el padre, incluso la justifica argumentando que su amiga había salvado a su marido de atentar contra su vida cuando en una ocasión este se adentró en el

bosque con la intención de suicidarse. Dora, incomprendida, era la que denunciaba las mentiras y trampas que tendía su padre para lograr salirse con la suya, de usar su poder económico para hacer lo que él quería. Todos mienten y se engañan a sí mismos. Inclusive cuando la familia Bauer regresa a vivir a Viena y los señores K deciden hacer lo mismo.

El padre de Dora quiere que Freud haga entrar en razón a su hija. Pero él, lejos de responder a la demanda del padre, quiere entender, más allá de la trama doméstica, los elementos estructurales que se juegan ahí, la verdad inconsciente que se oculta tras todo este teatro. La historia en sí será la puerta de entrada para hacerlo, pero vendrán en su auxilio los dos sueños que Dora le cuenta a Freud. En el relato de esta complicada historia, a Freud le queda claro que Dora efectivamente fue un objeto de intercambio, pero que esta chica lo acepta justo hasta el momento en el que el Sr. K le confiesa que su esposa no significa nada para él.

Llama la atención que en este historial no disponemos de mucha información en relación a la infancia de Dora ni de ningún otro familiar más allá de un hermano, dos años mayor que ella, con quien Dora parece tener una cordial relación.

Freud se había propuesto titular este historial “Sueños e Histeria”, pues recién había publicado su obra *Interpretación de los sueños* y ve en el material onírico que le ofrece Dora durante el poco tiempo que duró en análisis, una oportunidad de ahondar más en la trama inconsciente de su paciente. Sin embargo decidió llamarle *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, no solo porque Dora interrumpió el tratamiento a los

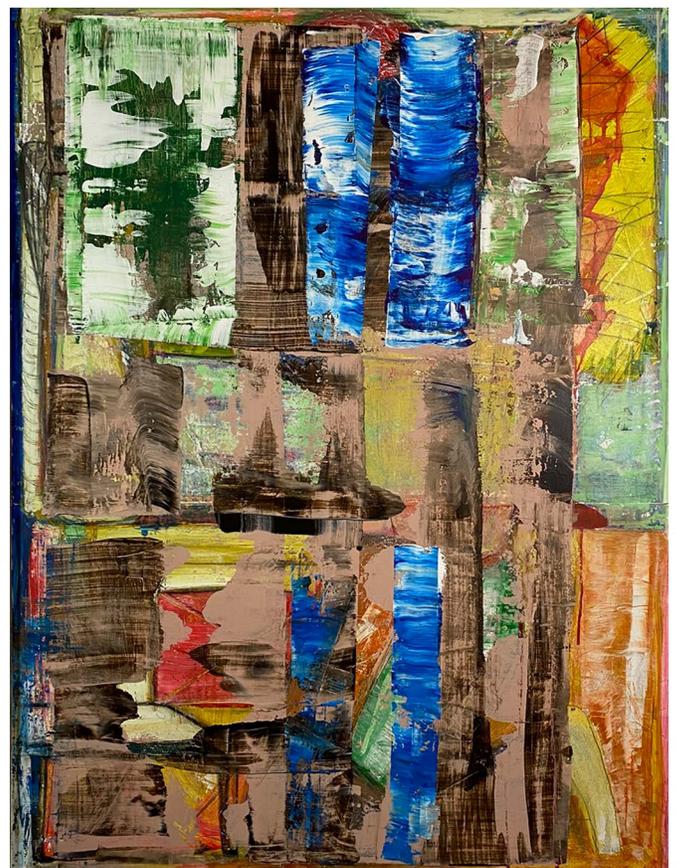
tres meses de haberlo iniciado, sino también porque en el historial recorre muchos de los temas que este psicoanalista estaba elaborando; la exploración de los síntomas histéricos, los mecanismos del sueño, la técnica de la interpretación del material onírico, la naturaleza sexual de los síntomas, el amor edípico al padre, los procesos identificatorios a través de los síntomas. También se trata de una primera exploración sobre las dificultades de la transferencia, y los elementos estructurales que va articulando en la trama de los síntomas que presenta esta chica. Porque a lo que apunta Freud es a poner en evidencia la determinación inconsciente de los síntomas como también lo hizo en su trabajo sobre los sueños.

Fragmentos de análisis es un texto bisagra entre el descubrimiento del inconsciente tal como lo expone en la *Traumdeutung* y la obra *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) porque también muestra el determinismo sexual de las manifestaciones humanas. Dora será la demostración clínica no solo del valor de los sueños en el trabajo del análisis, sino también de la importancia de la sexualidad en la vida de las personas.

A pesar de que en el texto encontramos referencias claras al cuerpo orgánico —los genitales de la mujer, la impotencia sexual del padre, la masturbación, la enuresis, por ejemplo— lo que Dora permite ver es que el problema de la sexualidad, más allá de la anatomía, tiene que ver con ideas inéditas en relación a la concepción del cuerpo. En ese sentido la función que ocupa la Sra. K. es central, pues ella va a representar el lugar mismo del enigma que es el cuerpo femenino. La Sra. K encarnaba para la chica el misterio de su cuerpo. La bofetada que

Dora le propina al Sr. K en el lago deja claro que la joven se pone del lado de ella y no de él. Si algún interés tenía Dora por el Sr. K era en su lugar de sujeto deseante de su mujer. En esa escena del lago todo se cae para Dora: la identificación “masculina”, es decir, en el lugar del Sr. K que desea a la Sra. K y también la identificación “femenina” puesto que ella quería ser amada por su padre y por el Sr. K como ellos amaban a la Sra. K.

Desde el campo psicoanalítico, sabemos que los seres humanos nacemos dos veces. Cuando llegamos al mundo, las necesidades biológicas, orgánicas, requieren de la intervención de otro sin la cual el niño no podría sobrevivir. Esa intervención dará lugar a un segundo nacimiento; el del cuerpo erógeno, de un calado mucho más profundo, más complejo. Si bien se trata de una experiencia que se asienta en el cuerpo orgánico, el vínculo con ese orden natural,



Bart Felix, *Dejad bailar a los bailarines*. Acrílico/óleo sobre madera, 2020.

biológico, se alejará irremediamente desde el momento del nacimiento, para dar lugar a la vida propiamente humana, caracterizada por su relación con el mundo del lenguaje, por su inserción al orden simbólico.

La relación con el cuerpo está irremediamente atravesada por el orden del lenguaje. Como dice Rosa López:

en la medida que estamos atravesados por el lenguaje ya no habitamos en un medio natural, ni podemos mantener una relación directa con la vida; que el sexo, la muerte, la reproducción, la alimentación, la defecación y la supervivencia, han quedado afectados irreversiblemente por las palabras y que éstas, no han hecho sino distorsionar cada una de estas funciones, extraviándolas de sus rieles naturales (López, 2012, p. 1)

Si en estos primeros años del siglo XX el psicoanalista vienés fue rechazado, no solo se debió a sus escandalosas tesis sobre la sexualidad infantil, sino también sin duda, a la ruptura que se haría en relación al saber sobre la condición humana. El sujeto deja de ser amo de su razón y su voluntad. El cuerpo anatómico queda atrapado en las redes del lenguaje. Las tesis sobre el inconsciente y sobre su naturaleza sexual tocaban hondo el amor propio al desplazar la creencia en el individuo dueño de sus actos. Al mismo tiempo, implicaba romper con una tradición filosófica que sostenía la dualidad alma-cuerpo como dos entidades distintas que permitían mantenernos al abrigo de la incertidumbre y el desasosiego. Cuando pensamos al cuerpo, aún ahora, solemos hacerlo dentro de los límites de su materialidad real, concreta.

La sexualidad, lo advierte Freud en el epílogo, no interviene como un *deus ex machina* sino que “presta la fuerza impulsora para cada síntoma” al grado de afirmar: “Los fenómenos patológicos son *la práctica sexual de los enfermos*” (Freud, 1905, p.100). Esta frase puede resultar escandalosa si nos mantenemos en la concepción del cuerpo como un simple organismo vivo.

Cuando Freud presenta el caso de la joven Dora, advierte al lector de los problemas con los que habrá de enfrentarse, entre ellos mostrar las “intimidades de la vida psicosexual de los pacientes”, reto inevitable si queremos entender el sentido de los síntomas, pues ellos albergan “sus más secretos deseos reprimidos” (Freud, 1905, p. 7). Solo explorando aquellas “intimidades” se podrá echar luz sobre la trama que tiene sumida a Dora en la frustración y el malestar. No es esa la única dificultad. Freud plantea también el problema ético que implica violar la discreción médica al publicar un historial clínico. Este autor está consciente del conflicto que representa dar a conocer material privado sin autorización de las personas involucradas.

Porque no solo se trataba de exponer las “intimidades” de una chica, sino también los enredos del padre con la esposa del amigo, su infidelidad, etc. Tanto el esposo “engañado” como el padre de Dora conocían bien a Freud. Este reconoce asimismo que los resultados y conclusiones a los que pudo llegar eran incompletos, insuficientes, como lo fue también haber omitido el aspecto técnico del trabajo analítico y el papel del analista. A pesar de todo ello, la lectura de este historial es imprescindible si se quiere analizar el tema de la transferencia como

obstáculo y las dificultades de su manejo en el tratamiento.

Freud agrega una nota al historial en 1923. Ahí expresa su decisión de dejar intacto el historial pues sería absurdo adecuarlo a lo que pensaba en el presente. Sin embargo añade notas al historial muy importantes.

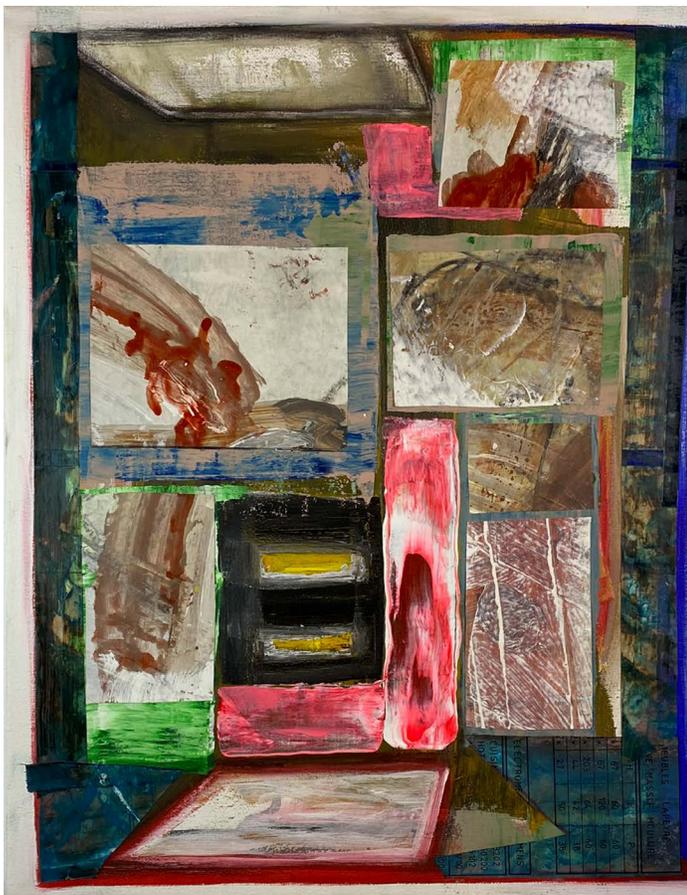
Dora, habíamos dicho, padecía desde niña disnea y según sugiere Freud, enuresis. Cuando llega a tratamiento, tos nerviosa, afonía, cansancio, apatía, que Freud supo escuchar como síntomas histéricos y articular en una trama de origen inconsciente. “La afonía de Dora admitía la siguiente interpretación simbólica: Cuando el amado estaba lejos, ella renunciaba a hablar” (Freud, 1905, p. 36).

La tesis del amor al padre como pieza central para pensar la neurosis histérica se encuentra en el historial como parte medular. La idea que el cuerpo es la sede del conflicto psíquico, y que el cuerpo es tomado por las palabras también:

Todo síntoma histérico requiere de la contribución de las dos partes (lo psíquico y lo somático). No puede producirse sin cierta *solicitud* (*transacción*) *somática* brindada por un proceso...en el interior de un órgano del cuerpo, o relativo a ese órgano. Pero, no se produce... si no posee un significado (valor, intencionalidad) psíquico, un *sentido* (Freud, 1905; 37).

Con los síntomas no solo se obtiene un beneficio secundario —llamar la atención del padre, vengarse de los hombres, sentir la compasión del adulto, espantar a sus padres—, sino son el resultado de una operación psíquica mediante la cual el acento psíquico de ciertos contenidos de representación inconscientes se ven desplazados, vía conversión somática, al cuerpo. El síntoma de conversión significa “la transferencia de la excitación puramente psíquica a lo corporal” (Freud, 1905, p. 48). Los montos de investidura pueden provenir de auto reproches o autocastigos por deseos prohibidos, inadmisibles para la conciencia. El síntoma, dice Freud, es como un “odre viejo llenado con vino nuevo” (Freud, 1905, p. 48). El viejo amor parental sigue alimentándose en la vida de Dora con los nuevos amores que lo vienen a reemplazar como substitutos de aquél.

Si su pensamiento consciente consistía en una preocupación compulsiva por la



Bart Felix, *El cuarto donde guardamos las entidades extranjeras*.
Acrílico/óleo/colaje sobre lienzo, 2020.

relación de su padre con la Sra. K., Dora desconocía el origen de esa preocupación. Se comportaba como una mujer celosa, como su mujer, no como su hija. Se colocaba en su fantasía en el lugar de la madre.

En la tos, (el padre padecía de tuberculosis), se puede reconocer la fantasía inconsciente de ocupar el lugar de la Sra. K. El Edipo es una trabazón que hace nudo. El amor a un padre que está en falta, impotente, infiel, tiene a Dora atrapada en un lugar que le impide devenir como sujeto marcado por la castración, es decir sujeto en falta, sujeto atravesado por la Ley, por la prohibición, en la medida que es ese lugar el que nos arroja a la vida, como dice Freud, al deseo y no al goce mortífero en el que Dora parece estar atrapada.

Las reflexiones que Freud hace en *Psicología de las Masas* ayudan a pensar el caso en términos de identificaciones. Recordemos que el caso abre la pregunta por los vínculos de Dora con la Sra. K. que hicieron pensar en un interés de tipo homosexual de Dora. Todo el refinado comportamiento intrigante de Dora tiene un único objetivo, sostener su deseo como insatisfecho en tanto que su deseo es deseo del Otro. Sabe, como lo testimonian sus síntomas, que su padre es impotente. Ese deseo insatisfecho hacia el padre, lo sostiene mediante su identificación viril con el rasgo. Así normaliza su posición fálica inconsciente de ser una mujer. Ella es el falo en la perspectiva de sus síntomas. Para entender el conflicto que vive Dora habría que recordar que la construcción del cuerpo como unidad procede de la imagen corporal. Esta es una construcción, dado que en el origen tenemos el cuerpo fragmentado.

Para poder reconocerse como unidad, como yo, necesitamos de la presencia de otro que actúe como modelo. De la mirada y de la palabra del Otro. Desde ahí es que se constituye nuestra propia imagen. Sin embargo nada garantiza que esa imagen no se vea amenazada de caerse o fracturarse. La clínica psicoanalítica es la prueba de ello. Sufrir con y a través del cuerpo podría entenderse desde ahí, es decir, desde la vulnerabilidad de la imagen corporal. En la histeria el cuerpo se vive como inconsistente y frágil. De ahí que la pregunta por lo que es ser una mujer oriente su vida y sus síntomas.

La pregunta en torno a qué quiere una mujer, la pregunta sobre el goce femenino, estará siempre en el horizonte. Una cuestión central para Dora como para toda histérica, es la cuestión del sexo. Esta cuestión apunta esencialmente a un saber, al saber sobre la diferencia de los sexos. Es el punto de partida de todos los seres humanos. De ahí puede



Bart Feix, *Detalle 1: Tormenta o guerra, la puerta roja podría ser la salida.*
Acrílico/óleo sobre madera, 2021

tomar sentido el derrumbe que significó para Dora la confesión del Sr. K en el lago. Si su mujer no significa nada para él, el teatro que ella misma sostiene pierde sentido. Ella tiene preguntas que apuntan a la Sra. K. y al cuerpo femenino.

En su texto, *Intervención sobre la transferencia*, Lacan propone ver el historial de Dora como la exposición del progreso que el sujeto va tomando frente a su verdad. Para ello propone ver el relato bajo la forma de una serie de *inversiones dialécticas* en las que Freud va desarrollando el caso. El primer momento es el de la exposición del problema, el drama que vive Dora con sus padres y con los señores K. La chica se queja de ese teatro en el que vive, y ella se coloca como *alma bella*, es decir, en forma de queja de una situación que no está en sus manos en lo absoluto. En un segundo, nivel si se puede llamar así, Freud analiza los intereses que se ponen en juego en dicho drama. Dora fue cómplice, protegió ella misma ese juego. Solo así se entiende cómo pudo perdurar la situación en la que además el Sr. K la intenta conquistar. Dora, como dice Lacan, se incluye en la circulación de regalos que la colocan como objeto de intercambio. Sus celos hacia la Sra. K revelan un interés hacia ella, aunque predomina, como de forma invertida, el odio en vez del amor.

En un nivel más profundo, puede vislumbrarse la fascinación de Dora por la Sra. K. La consideración y lealtad que le guarda solo pueden entenderse a partir de la significación que guarda para Dora la amante de su padre. Cito a Lacan: “El valor real del objeto que es la señora K... para Dora ... un misterio, el misterio de su propia femineidad, queremos decir, de su femineidad corporal”

(Lacan, 2013, p. 214). Esta idea permite entender el papel que para Dora juega la Sra. K. Ni más ni menos que la búsqueda de la construcción de su cuerpo, de su identidad.

Dora, como toda histórica, encarna el desajuste del cuerpo en el mundo humano del lenguaje. Se revela contra el saber del amo que pretende negar este desajuste. Se consagra a denunciarlo, a mostrar la falta, la discordancia, la castración. Para construir su cuerpo, dirá Lacan, se apoya con la idea de “la armadura del amor al padre” (Lacan, 1976-77). Su drama es, como Dora lo muestra hasta el final de vida, infeliz e insatisfecha, que no acaba de encontrar su lugar en el mundo, ni su razón de existir. ☹️

Referencias

Freud, S. (1905). Fragmento de un análisis de histeria. (Dora). *Obras completas* (Vol. VII, pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (2013). Intervención sobre la transferencia. *Escritos (Tomo I. pp.209-220)*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1975). *El Seminario. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1976-77). *El Seminario, L'insu que sait de l' une-bevue s' aile a mourre*. [Texto inédito]

López, R., (2012). El cuerpo hablante de la histeria. *Letras* (3), 31-38.